

## XVI.

El año siguiente al advenimiento de Carlos IV. al trono español estalla en Francia el volcan revolucionario, cuyo sacudimiento conmovió toda la Europa é hizo estremecer todos los solios. La rapidez de los primeros pasos de la revolucion anunciaba que en breve se iban á ensayar todas las formas, á recorrerse toda la escala de las trasformaciones sociales. Y asi fué.

Jamás en tan corto espacio de tiempo anduvo una sociedad tan largo camino. La impaciencia de marchar exigia á cada año el desarrollo y la vitalidad de un siglo, y parecia que los tiempos se compendiaban á la voz de los hombres. Hallóse medio de acortar la distancia de tiempos antes que la distancia de lugar, y la revolucion francesa precedió á la invencion del vapor. La Europa armada gritaba ¡*atras!* y la Francia, armada tambien, contestaba ¡*adelante!* Las ideas sin embargo avanzaban mas dentro de la Francia que los ejércitos fuera. Estados generales, asamblea cons-

tituyente, asamblea legislativa, convencion, república, directorio, consulado, imperio.... monarquía, democracia, despotismo militar.... A los pocos años de un regicidio nacional, se entronizaba á un déspota: habíase hecho perecer en un cadalso á un rey virtuoso y débil, y se aclamaba á un tirano heroico. Cuando Napoleon establecia repúblicas en Europa, en Francia iban retrocediendo las ideas republicanas. Las ideas y las conquistas marchaban al revés. Del suplicio del rey á la proclamacion del emperador mediaron once años. Acabo de otros once años la Francia vuelve á gritar ¡viva el rey! El nuevo rey era otro Borbon. Gran retroceso. Pero el movimiento galbánico no ha cesado. Pasan otros quince años, y las ideas que habian retrocedido vuelven á avanzar. La antigua dinastía es de nuevo expulsada, y se proclama á un Orleans rey constitucional. Antes de otros diez y ocho años la monarquía constitucional va á acompañar en la proscripcion á la vieja monarquía y al imperio. La Francia es otra vez republicana. ¿Volvera otro imperio y otra monarquía? ¿Se acabarán de fijar las ideas sobre el mejor gobierno de los pueblos? ¿Estará la humanidad condenada á girar perpétuamente en derredor de un círculo?

Gira, si; pero es describiendo círculos concéntricos, cuya circunferencia se va agrandando sin cesar, y de cada círculo que describe va recogiendo la humanidad algun principio provechoso que queda

siempre. Asi con las alianzas de lo antiguo que vive y de lo nuevo que nace va modificando su existencia. Costosas son las trasformaciones. Si los pueblos y las generaciones que las promueven meditáran los estragos que acompañan á las grandes revoluciones, retrocederian espantados. Mas por una disposicion providencial la embriaguez del entusiasmo no deja lugar al frio razonamiento y predispone á recibir con gusto el martirio: tambien el furor de la venganza perturba la razon: son las dos fuentes de las grandes virtudes y de los grandes crímenes que en ella se desarrollan. Fecunda en unos y en otras fué la de 1789. Acaso ninguna ha producido tantos héroes y tantos mónstruos. La leccion fué dura. ¿Supusieron aprovecharla los reyes y los pueblos? Ha sido menester otra revolucion á mediados de este siglo para enseñarles mas. ¿Han aprendido los hombres de ahora mas que los de entonces? ¿Ha ganado algo la humanidad? Comparemos.

La revolucion de 1789 fué agresora y conquistadora; la de 1848 proclamó el respeto á la independencia de los pueblos. Entonces la Europa opuso muros de acero á las ideas democráticas; ahora la Europa siguió el impulso de la nacion iniciadora. En la revolucion del siglo pasado eran llevados los hombres á carretadas á la guillotina; la cuchilla era el primer poder del estado: en la del presente siglo se aclamó el principio de la abolicion de la pena de muerte por delitos

políticos. En 1793 manchó la frente de la Francia la sangre con que tiñó el cadalso uno de los monarcas que menos lo merecia: en 1848 hubo muchas revoluciones y la sangre de varios príncipes corrió en los campos de batalla, ni una gota de sangre real en el afrentoso patíbulo. La Francia del siglo pasado abolió el culto católico, y divinizó la razon humana: se quitó á Dios de los altares y se dió incienso á una prostituta: en la Francia del presente siglo los mas estrechados reformadores han visto precisados á invocar el cristianismo, y el sacerdocio católico ha sido buscado para rociar con el agua santa el árbol de la libertad. Entonces un soldado arrancó violentamente de su silla al gefe visible de la Iglesia, y el gran guerrero puso su mano profana sobre el gran sacerdote; aquel hombre se llamaba Napoleon: ahora otro Napoleon, deudo de aquel, y como él gefe de la Francia, envió las legiones republicanas á reponer en su silla á otro pontífice, Pio tambien como el abofeteado en Fontainebleau, y cometiendo una injusticia política y una inconsecuencia, ha hecho una reparacion religiosa. La Europa lo ha murmurado; ha parecido un contrasentido. Tal vez la Francia misma lo hizo de mal grado. No murmure la Europa; no era la voluntad de la Francia la que obraba; era el impulso secreto de la Providencia que le habia impuesto una expiacion, y al cual ella obedecia de mal humor sin saberlo. Tambien Alarico iba de mala gana á Roma y

obedecía á la voz secreta que se lo mandaba. Distinto era entonces el fin; La Providencia la misma.

Excesos abominables se han cometido en aquella y en esta revolucion. Lamentamos unos y otros. ¿Cuándo dejará de intervenir el mortífero acero en las cuestiones de política fundamental? ¿Cuándo serán los cambios sociales resultado solo de la discusion pacífica y razonada? Los pocos síntomas que de ello vemos nos indican que aun tiene que vivir mucho la humanidad hasta tocar este estado de perfeccion. ¿Por qué entretanto ha de estar condenada á comprar su mejoramiento á precio de tan costosas pruebas? Lo sentimos, pero no nos atrevemos ni á acusar á la Providencia ni á responder á Dios. Solo sabemos que es asi, por que nos lo enseña la historia de todos los siglos. Consuélanos en parte observar que la humanidad no deja de ir progresando siempre, aunque á veces parece retroceder.

Insensiblemente hemos ido abarcando en estas reflexiones sucesos que no son todavía de nuestro dominio histórico. Séanos dispensado, siquiera por si nos faltase despues tiempo y ocasion de hacerlas. Reanudemos el hilo de nuestro bosquejo historial.

Cuando estalló la revolucion de 1789, alarmáronse todas las potencias europeas, y se formaron aquellas coaliciones y comenzaron aquellas guerras que tantos triunfos proporcionaron á las armas de Francia, y tantos progresos dieron al movimiento revolucionario.

rio. Por que los hombres de la revolucion, exigentes y descontentadizos de suyo, exacerbados con la oposicion de dentro y con la resistencia de fuera, pasaban del entusiasmo al delirio, y del vigor y la energía al arrebato y al frenesí, y no habia ni concesiones que los contentáran ni fuerza que los contuviera. España se hallaba en una posicion escepcional. Era Carlos IV. pariente de Luis XVI., vivia el Pacto de familia, y no estaba entonces el pueblo español ni en sazon ni en deseo de adoptar los principios que se proclamaban en el vecino reino. El mismo Floridablanca, ministro que Carlos III. habia dejado como en herencia á su hijo, temia que invadieran la Península las máximas que del otro lado del Pirineo se ostentaban triunfantes. Y sin embargo todo lo que el monarca y el gobierno español se atrevieron á hacer en favor del atribulado Luis XVI., fueron ardientes votos, tímidas reclamaciones y gestiones ineficaces, alguna de las cuales les valió una repulsa bochornosa de parte de la Convencion.

Solo despues del suplicio de aquel infortunado monarca se resolvió el gabinete de Madrid á declarar la guerra á la república contra el dictámen del viejo y experimentado conde de Aranda, á quien costó ceder el puesto ministerial á un jóven que habia opinado por la guerra. Este jóven, que pasó del cuartel de Guardias de Corps, casi con botas y espuelas, al primer ministerio de España en una de las mas difíciles

situaciones en que pudiera verse nacion alguna, obtenia ya un favor ilimitado del rey y de la reina. Opinó don Manuel de Godoy por la guerra, y la guerra se hizo. Alegróse la Europa, por que se añadía un guarismo mas al número de las potencias enemigas de la Francia. España dió el primer paso en la carrera azarosa de los compromisos.

Felices al principio nuestras armas, les vuelve su espalda la fortuna en Tolon, donde por primera vez se da á conocer el genio de aquel Bonaparte que muy poco despues habia de asombrar al mundo. Los ejércitos republicanos nos toman nuestras plazas fronterizas, y amenazan abrirse camino hasta Madrid. Asustado Godoy de su obra, ajusta la paz de Basilea, que nos costó la cesion de la parte española de Santo Domingo. El provocador de la guerra es condecorado con el título de *Principe de la Paz*. Sigue el famoso tratado de San Ildefonso. Alianza ofensiva y defensiva entre la monarquía española y la república francesa. Guerra con la Gran Bretaña que nos cuesta la derrota de nuestra escuadra en el fatal Cabo de San Vicente, y la cesion de la Trinidad en la paz de Amiens. La guerra y la paz con Francia, y la guerra y la paz con Inglaterra, nos iban saliendo igualmente caras.

La paz de Amiens fué un pasagero respiro. Encendida de nuevo la lucha entre Francia é Inglaterra, España sigue atándose al carro de la república, y otro

tratado de San Ildefonso nos empeña en otra nueva carrera de desastres y de compromisos. Francia aliada, nos costaba un subsidio de seis millones mensuales: Inglaterra enemiga, destrozaba la marina española, que mas por culpa de Francia que de España, dió su postrer aliento en el desventurado combate de Trafalgar, sin que le valiera ni la inteligencia ni el heroico comportamiento de nuestros marinos. Perdimos quince navíos de línea; y como quien busca un consuelo, recordamos siempre que allí pereció el famoso almirante inglés Nelson. Pero la Francia no por eso renunció á seguir cobrando los millones estipulados. Era una acreedora sin entrañas. La catástrofe de 1805 fué una consecuencia del primer error de 1793.

En este tiempo la situacion de la Francia habia cambiado. Aquella nacion que no habia podido soportar el cetro de un monarca se sometió á la espada de un soldado. La libertad la habia anegado en sangre, y buscó un hombre que atajara la sangre, aunque ahogara la libertad. Desde el 18 brumario no se vió brillar en el horizonte de la república sino el fulgor de las bayonetas. Enmudeció la tribuna, y solo se escuchó ya la voz del guerrero, á cuya voz se formó un cuerpo de treinta millones de hombres, que obedecian á un redoble de tambores. Aunque nombrado solamente Bonaparte primer cónsul, nadie dejaba de entrever por debajo del manto consular la corona

imperial con que habia de ceñir sus sienas. Contenta la Francia con ver al cónsul obrar como emperador, no tardó en darle el título y la investidura. De otro modo se la hubiera dado él mismo y la Francia hubiera callado. Napoleon emperador, sin dejar de ser general, se pone al frente de los ejércitos franceses, la Francia militar le sigue entusiasmada, y marchando de victoria en victoria, derrota ejércitos, deshace coaliciones, humilla monarcas, derriba solios, crea nuevos reinos, como antes habia creado repúblicas, y distribuye los tronos que su omnipotente voluntad va declarando vacantes. En el de Nápoles, donde se sentaba un Borbon, coloca á su hermano José. ¿Pensará en darle un ascenso? ¿Respetará el trono español este repartidor de coronas?

España no obstante continúa aliada del imperio, como lo fué de la convencion, del directorio y del consulado. Pero el príncipe de la Paz, á cuyas manos se hallaban confiados los destinos de nuestra patria, recela del emperador, medita cooperar á la destruccion del coloso aliándose con las potencias que guerreaban ya contra él, y publica una proclama apellidando á las armas á los españoles, sin nombrar en ella ningun enemigo. En hora fatal apareció el documento. Napoleon triunfaba en Jena de la cuarta coalicion, y Berlin le abria sus puertas. Napoleon y el príncipe de la Paz conocen á un tiempo la imprudencia de la declaracion. Godoy procura enmendar el

yerro felicitando á Bonaparte por sus triunfos: Bonaparte se sonríe, decreta en su ánimo la ocupacion de España, y sigue fingiéndose aliado. Y para fingirlo mejor, pide un auxilio de tropas españolas. ¿Quién se atrevia negárselas? Una escogida division española fué trasportada á Dinamarca á las órdenes del emperador.

Triunfan las águilas francesas de las águilas rusas en Friedland, y se firma la famosa paz de Tilsit. Es el punto culminante de la fortuna de Napoleon. Ya queda desembarazado en el Norte para atender al Mediodía. A Inglaterra piensa destruirla con el bloqueo continental, monstruosa concepcion, que se tuviera por delirio pueril, si no hubiera sido el pensamiento de un grande hombre, con el cual, sin embargo, acabó de aturdir la Europa, y puso en conflicto la tierra y los mares. A España, ¿quién podria pensarlo? no se atrevió el vencedor universal á acometerla de frente. Medita la empresa de Portugal, y hace á España tomar parte en ella como aliada del imperio. Ajústase el célebre tratado de Fontenebleau, por el que se partía el Portugal en tres trozos, como tantas veces se ha partido la Polonia, de los cuales uno se adjudicaba á Godoy con el título de príncipe soberano de los Algarves. El Pacto de familia parecia apretado con estrechos nudos, no ya entre dos Borbones, sino entre un Borbon y un Bonaparte. Con gusto lo hacia Cárlos IV. ¿No se destinaba un nuevo